
Subsecretaría de Cultura de la Asociación Médica de Rosario

LITERATURA

CICLO DE CHARLAS

Agenda Cultural / Mayo 2025



Café de Tertulias

TEMA

“*Lluvias*”

Lectura de escritos realizados por parte de
nuestros asociados y miembros de la
Sociedad Argentina de Escritores
(SADE) delegación Rosario.

Café de Tertulia

Tertulia Literaria

Participantes

Anita Martínez (Nadia Soledad Lordó)

Ana Mileta

Any Reyna

Carlos Monchietti

Cristina Canterys

Delia Chinellato

María del Carmen Díaz

María del Carmen Reyes

María de Luján Moreno

Maria Vilalta

Miguel Jubany

Norma Iris Gustin

Omar Miguel L. García

Viviana Esther González

Viviana Guida

Ada Gil

Adela Isabel Franco

Catalina Mendicino

Claudia Cannelli

Daniel Leto

Diana Luz Bravi

Elisabeth Serrani Tellería

Evangelina Simón

Federico García Greco

Jorgelina Paladini

Marcela Claudia Gianguzzo

María Antonieta Pardal

María Alcira Velázquez

Patricia Corbera

CANTO OTOÑAL

Ejecuta su música el otoño
invitando a las hojas amarillas
que descendan, sutiles, de lo alto
a danzar en la alfombra de gramillas.

Nubarrones y vientos se divierten;
humedecen con lluvia a las ardillas,
y las ramas más altas de los pinos
a una nube pesada hacen cosquillas.

Se hace noche en el día, pues el sol
no ha querido alumbrar la tarde gris
ni entonar del otoño la canción.

Sopla audaz la comparsa un fuerte son;
asustadas las nubes, se estremecen
y tronando se vuelven chaparrón.

Anita Martínez (Nadia Soledad Lordó)

LLUVIA DE NOVIEMBRE

Lluvia de noviembre, de agua y jacarandá. Fresca para el incipiente calor. Limpida para beberla. Purificante para los pensamientos. Alquimia del pasado. Liberadora de los temores.

Como en esta plaza donde aguardo su llegada, el Camino me muestra mis etapas. Arribé a cada una de ellas con el ímpetu, la valentía y la decisión que me multiplicaron los espejos.

Estamos frente a frente. Somos en afinidad mucho más que dos. Podemos tomar la mejor decisión. Una presencia excelsa nos acompaña. Nos sentimos guiados y enaltecidos porque primero, nos escuchamos a nosotros mismos.

Al final, sólo quedará un tapiz violeta, como aquella lluvia, que tanto nos empapa como también se evapora...

Ana Mileta

AGONÍA

Lluvia, lluvia, vértigo de lágrimas,
la noche y tu voz salvaje.
Nubes negras azotando...
Ayer, hoy, también mañana.
Tus brazos ausentes, tus besos en falta.
Aguas amargas lloviendo en mi cara.
Inviernos de ramas áridas, desnudas.
Ya no más primaveras ni armonías.
Ruge el cielo en celo con el rayo,
ruge el mar, las olas, la vida.
Ruge, por última vez mi corazón...
He borrado en mí tanta agonía.

Any Reyna

LLUVIA

La lluvia es la renovación espiritual de todo ser vivo, nutriendo y purificando nuestra existencia. Es por ello que quiero compartir este relato entre Gladis Luchini y Alberto Chame:

El jueves 24 de mayo Alberto se levantó para ir a desayunar cuando vio desde su balcón que continuaba la llovizna de la noche anterior. No lo detuvo, le encantaban los días donde la tierra podía recibir esa bocanada de agua que alimentaba los rosales y jazmines. Ya llegando a la cafetería de Rioja y Laprida la llovizna comenzó a ser más copiosa.

Casi detrás de él llegó Gladis Luchini, con su cabello mojado, ella muy feliz, sus ojos marrones delataban una felicidad oculta. Pidieron café y medias lunas, la lluvia pasó a ser más intensa y con ráfagas de viento.

Mientras ambos estaban sentados observando por la ventana, Eugenio trajo la comanda.

Gladis continuaba mirando los transeúntes que aceleraban sus pasos. Alberto tuvo que tocar su brazo para que vuelva en sí y preguntarle por qué estaba tan extasiada. Entonces Gladis compartió con Alberto una hermosa vivencia de su infancia. Alberto atentamente escuchaba su relato.

Gladis comenzó diciendo lo feliz que fue de niña mientras vivía en el campo con sus padres y hermanos. En días, como hoy cuando comenzaba a llover, ella disfrutaba haciendo travesuras. Corriendo bajo la lluvia con sus brazos extendidos, mirando el cielo como queriendo abrazar el viento, mientras las gotas caían en su rostro y acariciaban sus mejillas. Sentía el olor al pasto mojado, su adrenalina la impulsaba transportando su alma junto a los pájaros que la observaban desde lo alto de los arcos. Gustaba de bailar y saltar los charcos de agua que se acumulaban. Era tanta su felicidad que lloraba mientras disfrutaba.

Fue en ese momento cuando expresó lo feliz que era para ella, revivir esos momentos.

Alberto al terminar su relato, guardó silencio, terminaron su desayuno, la lluvia había cesado y ambos se despidieron hasta el próximo encuentro.

Carlos Monchietti

ANDA RONDANDO LA LLUVIA

Qué más.

Qué de la lluvia.

Ayer volvía en colectivo. Subió Robert De Niro. Igual. Andaba haciendo mandados: dos bolsas grandes de tela, llenas, daban fe de ello. Para ser franca, tales bolsas le quitaban reciedumbre y seducción, desdibujaban sus personajes. Qué de Cabo de miedo, qué de Al Capone, qué del joven Vito Corleone en sus primeros pasos.

Pero... qué esperar de un colectivo en el anochecer de invierno.

Y... todo. Cada uno, una historia, una lucha, una esperanza. Historias concentradas en un espacio mínimo. Historias desconectadas... en un aire común.

Tuve un instante de comunión, no sólo con él, con Robert. Con la gente, con cada uno. Me sentía cerca de sus esfuerzos y dolores.

Pedí por esas caras desconocidas.

Intuía el color de su alma.

Pensé que así era el resplandor de la lluvia, del viento tétrico que te impregnaba de intimidad, de interioridad. De pajaritos sueltos al voleo en la azotea.

Asomarme a las almas me dio una intuición de eternidad.

Ya había llovido en la mañana. O en la otra mañana. O iba a llover.

Ya se había muerto mi vecina de enfrente, al empezar el día. Ya me había consolado con su hermosa familia en el instante de desolación.

Me sentí transida de fragilidad y una dulce tristeza.

Ah... del colectivo. Creo que era un Aleph. Nadie dijo (¿o se me olvida?) que hubiera uno solo. Pero me faltó tiempo o decisión para enfocar la mirada y verlo.

Cristina Cantenys

ASONANTADO

La noche enorme, desolada, gime.
Su esperanza de aurora, ya le ha muerto.
Iracundo, feroz, destroza, el viento,
de las sombras, los nítidos perfiles.

Es el agua quien juega en los jardines,
inventa, entre los verdes, los espejos;
y con haces de luz, formando espectros,
de increíble fulgor todo lo tiñe.

Esas gotas inquietas son faroles
que, trémulos, se quedan en las hojas
o duermen, en las hierbas, sus canciones.

¡Quién pudiera, esta noche, hecha una alondra,
dormirse entre vergeles sin que importe
el tedioso refugio de una alcoba!

Delia Chinellato

Llueve y llueve en Rosario.
La lluvia,
se mete en las miradas,
y mis ojos,
rebeldes y valientes,
disolviéndose en ella
se vuelven
grises de agua.

Contemplo las veredas,
que reflejando
árboles, se rompen
en astillas antiguas
por mis pasos
mientras,
desde mi cuerpo,
penden hijos del agua.

Los troncos blanquecinos,
soberbios,
de los plátanos,
se yerguen
en la esquina sin temor
de los rayos,
y el cosmos que vislumbro
se va tornando agua.

Camino a la deriva mientras
me va sanando,
de amores y de orgullo,
en fin, de mi pasado.
y mientras brutalmente
se apropia de mi cara
va lamiendo mi cuerpo
que también es de agua.

Detrás de unos cristales

me ronda la mirada
de alguien que no comprende
mi danza con el agua.
Pero yo sigo altiva
sin abrir el paraguas,
porque es un don antiguo
la bendición del agua.

Llueve y llueve en Rosario.
La lluvia,
como vieja demiúrgica
sabedora de armados,
mirándome desnuda
de amores y palabras,
sabiéndome perdida,
vuelve de agua Rosario

María del Carmen Díaz

PERFILES DE LA LLUVIA

En rumorosa
 Verticalidad
susurran sus misterios
los frescos
 perfiles
 de la lluvia.
Un charco inventa
 nubes
infinitos matices
para un diminuto
 cielo.
Entonces es posible
 la memoria:
El recuerdo avanza
 Indemne
por el innombrable sendero
 de las transparencias.

María del Carmen Reyes

LLUEVE

Lluvia que purifica
aquel verde paisaje,
abre paso con coraje
al impacto de la gravedad.

¡Cómo no admirar
ese cortejo de caricias!
si se muestran con codicia
como espejos de mar.

¡Pues no sería verdad!
Que su instante es efímero
si se lleva los suspiros
al quererla contemplar.

María de Luján Moreno

MIRAR LA CIUDAD EN UN DÍA DE LLUVIA

La fatigosa lluvia
ha limpiado escrupulosamente la ciudad.
El brillo fragilísimo
empapa los autos.
Intensos los verdes se alborotan.
Un aroma como de flores
echa a andar en las narices frías.
No son los olores los que traen recuerdos
los sonidos de lluvia
arman sus propios olores.
Y aquella señora ríe con los pies en un charco.
Y el vidriero juega
un juego de espejos de agua
con su nueva gotera inaugurada.
Los pájaros planean en el ligerísimo aire
disputando la liviandad de las plumas.
En este sol indiferente
zambullido en el gris azulado
los ruidos de motores
recién parecen comenzar en la ciudad.
Salgo imprevista
sin paraguas ni pilotines.
Un policía de riguroso uniforme azul
estaciona a pasos de nosotras.
Es mi futuro auto, digo
debería pedirle una vuelta.
El guardián del orden
gira de cuerpo entero
me regala una sonrisa de asombro
y con el asombro risueño por mi ocurrencia
voy armando un día feliz
en mis ojos cansados.

Maria Vilalta

LLUEVE TANGO.

I

Llueve
con la lluvia en la ciudad
un frío smog de realidad,
que va cubriendo
nuestra sinrazón.

Crece
en el agobio del reloj
la monocorde sensación
que nos impone
su fatal canción.

Velado espejo
como la postal,
pobre reflejo
de la realidad.
Tiempo
que se empeña en regresar,
melancolía sin final
de su increíble desamor.

II

Prolonga
su terca ronda
mi fantasma fiel.
Perdura
caricia dura
que grabó mi piel.

Martirio
de labios tibios de embriaguez.
De labios
ritos de placer.
De secos labios y mi sed.

I bis

Vuelve
siempre vuelve espectral
ajeno rostro en el cristal,
donde nos mira la desolación.
Siembra
como siempre la impiedad
su cruenta siembra de dolor,
en el cemento fértil del adiós.

Mezquino empeño
de sutil crueldad,
la de los sueños
con su irrealidad.

Tango,
como tango, tango yo,
la resignada sensación
que quien decide
siempre es Dios

(Para final repite II)

Letra de Miguel Jubany
Música de Mauricio Stíbelman

MOMENTO EN ABRIL CANCION

I

Bailaban locamente las gotas en las hojas
y daban a tu pelo finísimo barniz,
la noche se quemaba en luces tras las horas,
los brujos en los truenos gruñían porque sí.
La lluvia nos borraba los gestos como ahora,
no supe si lloraste o lo notaste en mí.

II

Y fue abril
cataclismo repentino
en tu vida y mi destino
condenados
tan así.

Quedé sin ti
ya metido otoño adentro
con la lluvia de lo cierto,
tan sin todo, tan sin ti.

y fue abril,
la mentira del encuentro,
la locura del momento
y en la noche nuestro fin.

I bis

Temblaban tristemente los besos en las bocas,
ternura acurrucada pugnaba por latir.
La lluvia le pegaba la noche a nuestra ropa.
De pronto nos quedamos perdidos en abril.
Tu pelo se esfumaba perdiéndose en las sombras,
el viento nos robaba nuestro silencio gris

(Para final repite II)
Letra de Miguel Jubany
Música de Marcelo Raigal

LA GOTA DE LLUVIA

Una gota se deslizaba por el vidrio del amplio ventanal y brillaba a la luz de los relámpagos. Los fuertes truenos hacían temblar las estructuras de las aberturas mientras la lluvia caía despiadadamente. Las plantas y árboles se inclinaban a causa del viento, el que se llevaba lo que encontraba a su paso.

Con suavidad y protegida en la tibieza de la habitación, me fui acercando atraída por la gota de lluvia. Su brillo era fascinante. Mi rostro se reflejó en ella como en un espejo y me vi como era, una mujer de edad, observando con detenimiento esa gota que semejava una lágrima. Vi mi historia completa desde que nací, acunada por mi madre y mi padre sonriente y feliz. Mis hermanos llenos de júbilo, había llegado el juguete que esperaban.

Crecí, amé, fui madre, abuela, ahora soy esa imagen que irradia la gota de lluvia deslizándose por el vidrio. Observo que va llegando a su fin, donde se detendrá, así como la vida en un instante.

Norma Iris Gustin

LÁBARO DE LLUVIA

Lluvia de primavera
Que reverdece las matas
Que lava grandes congojas
Que fortifica las almas
Cual bendición del cielo
Cuando me irrigan tus aguas
Rejuvenece el examen
De nuestras savias pasadas.

Lluvia de primavera
Que reverdece florestas
Que pintas en la distancia
Aquellas bellas jornadas
Secretos instantes nuestros
Debajo de aquel paraguas
Cuando apretando los cuerpos
Jurabas cuanto me amabas.

Lluvia de primavera
Que reverdece la vida
Porqué se pierde la historia
Debajo de aquel paraguas
Si la lluvia con el tiempo
Reverdecen esperanzas
Lávame aquel encuentro
Que duele tanto en el alma.

Lluvia de primavera
Que reverdece mis ansias
Por aquel ser que abrazaba
Bajo del mismo paraguas

Juramos amarnos tanto
Bendecidos por el agua
Que nos caía del cielo
Germinando las distancias.

Lluvia de primavera
¡Oculta mis tristes lágrimas!

Omar Miguel L. García

LLUVIA

Bajo un cielo gris y plateado
la lluvia trae rosas de amor,
pétalos besan el suelo helado,
dulce fragancia, pasión y ardor

Gotas de luz, pura y cristalina
Despierta al alma con dulce voz
Cantos y trinos sueñan el día
En que de nuevo brillará el sol

Poema líquido que purifica
Miles de vidas en la ciudad
en cada gota un verso palpita
y en sus alas te inspirará

Viviana Esther González

LLUVIA

Cuando llueve sucede que todo, todo, deja de importarme.
Siento que la vida podría ser tan sólo este andar bajo la lluvia.
Pero entonces algo dentro mío se despierta con una vitalidad,
una potencia de sed insaciable que se anuncia por todo el cuerpo.
De pronto toma una consistencia de río torrentoso
y siento que me escurro entre los dedos de mi propia ira.
Luego puedo tranquilamente ser un lago entre montañas
donde apoyar el alma.
Pero cuando mi consistencia acuosa
toma la forma de tus lágrimas,
acomodándose una por una en la palma de mi mano,
descubro que la lluvia es una irreverente que me mira a los ojos
y me desafía a morir.
Y justo cuando todo parecía que dejaba de importarme,
el mar que duerme dentro mío
se desmarca del cauce de mi piel
y soy capaz de inundarlo todo.

Viviana Guida

LA MIRADA PERDIDA

Apoyo mi mejilla
en el humedecido ventanal
Una llovizna colérica nubla mi mirada perdida
Enredados recuerdos se agolpan en mi mente
Una niña corre, moños en sus trenzas
La casona abrigada de magia
Olores caseros,
pan recién horneado, sopa de mandioca,
crepitar de papas
El canario ambarino gorjea en su jaula sin candado
El patio inmenso, florecido de malvones escarlata
Mi vida, siempre un juego, jugar y jugar
Figuritas brillantinas, muñecas, trompo, rayuela
los amigos en la esquina, timbrar y correr,
llorar de risa
En las noches de luna llena, todo emoción y ensueño
las voces del barrio daban brillo a las fiestas,
vecinos solidarios a nuestro lado en cada momento amargo,
firmes, sin hacer preguntas, templar el dolor, el desgarró
Señales grabadas con rotunda pertenencia
Yo siempre mariposa para volar en libertad
Buscar los huevos de gallinas en el hueco del ciruelo cárdeno
Mi atalaya palmaria. Desde allí
El mundo fue pura fantasía

Ada Gil

AMANECE

Una mujer, acurrucada en su cama, espera que la lluvia cese y que comience el alba.

Amanece sobre la ribera del arroyo y los muros de cemento, vidrio y monocromía en alturas, que ponen tope a la luz.

Amanece tímida y lentamente, casi con pereza.

Amanece a pesar de la bruma somnolienta que se despega sutilmente del agua como de una sábana de amores promiscuos.

Amanece tras la madrugada de pillos ruidosos, atontados por elixires.

Amanece ascendiendo la claridad por las callecitas de la ciudad que se arremolina en la senda secreta de la excreta y aflora en el suelo histórico que vomita toda malicia.

Amanece entre gorjeos inquietos que proyectan la vida en vuelos, entre ramas deshojadas, con cristales de humedad.

Amanece con el aroma a panes frescos y crocantes de la vecindad.

Amanece aclarando la jornada de peatones y automovilistas aún embozalados que despiertan el letargo ciudadano.

Amanece.

Un nuevo día de vida para bendecir y agradecer.

Amanece después de la torrencial lluvia.

Un milagro.

Adela Isabel Franco

-texto inédito-

LLUVIA

A mi edad todavía conservo la capacidad del asombro. Escucho los potentes truenos y miro la sutileza de las nubes oscuras. Luego asocio y supongo que debe ser lo mismo en algunas personas: pueden ser suaves, transparentes, delicadas pero fuertes y atronadoras cuando no soportan el peso que llevan y entonces llueven. Creo que hay que aprovechar el ejemplo de las nubes. Gritar, hacerse sentir cuando el agobio que se lleva es demasiado.

Hay que llover para que no pese.

Los ojos harán lo suyo, pero mientras una decide si llueve porque el amor no duró a pesar nuestro, porque los padres partieron, los hijos crecieron y alguna parte de la familia migró.

Hay que llover para que no se vea el dolor

Sin pañuelo. Dejar que las gotas caigan para arrastrar la pena.

Hay que llover aun cuando sea solo emoción.

Hay que llover para mostrar la felicidad.

Y si alguna vez hay sequía nuestras lágrimas lluvia podrán regar la tierra y repetir el incansable ciclo de la naturaleza.

Hay que llover para no inundar el alma.

Catalina Mendicino

ÚLTIMA TORMENTA

Corrí, la lluvia era intensa. La angustia me asfixiaba. El nivel de agua llegaba a mi tobillo, el cielo se había ennegrecido.

La espesura de la cortina que dibujaba la lluvia no me dejaba ver muy lejos.

Apuré mi marcha para llegar a casa, estaba enfrente.

Respiré tratando de aumentar mis fuerzas y recuperar mi aliento.

El paisaje habitual desapareció. La calle era un río. Pero debía cruzar.

Con extremo cuidado probé dar un paso. Fue infructuoso, la violencia con la que corría el agua me arrastraba. Lo intenté varias veces.

Esto no podía estar pasando, era una película de terror, el corazón parecía salirse de mí.

De pronto, una mano extendida me impulsó a seguir.

No veía quién era, no dudé, la estreché con fuerza. Compartir la vivencia podía aliviar el espanto.

Los metros eran pocos de una vereda a otra, sin embargo, parecía una expedición a otro mundo.

El agua seguía subiendo.

La ferocidad con que nos impulsaba no nos permitía avanzar. No recuerdo en cuánto tiempo, pero llegamos a la otra vereda.

Supuestamente era mi casa, pero no veía el picaporte, ya estaba tapado.

El pánico crecía junto al agua.

Le grité ¿quién sos? Pero no entendí su nombre. Maniobré como pude y abrí. No había diferencia, el mismo nivel de agua. Y seguía subiendo...

En ese momento, desde una lancha me dijeron que no había tiempo, debía acompañarlos... Me rendí.

En unos minutos, vi de lejos las tejas de casa.

No sé por cuánto tiempo más, pero hace días que estoy en un refugio de la municipalidad de Bahía Blanca.

Claudia Cannelli

LLUEVE EN LA LUNA

(21 de marzo de 2020 – Día siguiente del comienzo de la cuarentena en Argentina)

Espléndida como nunca. La luna repleta de blancura manchada con gris, llenaba de luz el rostro de ella. Sentada en el borde del banco de la vieja plaza del pueblo, que siempre era nueva para quien la descubría, miró hacia arriba y guiñó el ojo remedando a la luna del libro de Julio Verne. Casi casi esperando el impacto del cohete en medio de su pupila. Nadie caminaba en la cálida noche de marzo por el sendero de piedras que bordeaba los canteros. Miró hacia atrás, hacia su casa de la calle estrecha sin salida como decía el letrero, y que la condenaba a caminar siempre hacia la derecha, hacia la vieja plaza. Nunca pensó en saltar el tapial que a la izquierda de su vereda la miraba solitario y gritar así su libertad volando hacia quién sabe dónde, porque seguramente atrás del tapial no había nada, y la plaza parecía gemir llamándola cuando enfilaba para el otro lado. Se necesitaban ambas. Las noches de luna llena eran como un cemento que las unía. Pero esa noche era distinto. Nada era igual. Todos estaban en sus casas, practicando una rutina distinta, temblando o esperando con miedo. Solo ella se animó a salir. Porque desde hace unos días, así, de golpe las cosas habían cambiado: las necesidades, los proyectos, el trabajo, la diversión. Pensó hasta quizás el amor, porque la distancia obligada e impensada licúa las ganas, a pesar de las promesas y la shakespeareana eternidad amorosa. De golpe Oesterheld se asomó a sus recuerdos y la nieve mortal que asoló sus noches de adolescente la transformó en el Eternauta sentado en la plaza de su pueblo, con su traje y escafandra estrafalarios pero inmunes al toque mortífero. Las casas seguían con las luces encendidas, casi sin demostrar a través de las ventanas la vida que albergaban. Alguna cabecita pequeña intentaba asomarse extrañada de no poder salir a jugar, ni patinar ni saltar los cercos de las flores que se cerraban de noche vaya a saber por qué sortilegio de la naturaleza. Volvió a mirar la luna que lentamente se desplazaba dibujando sobre las piedras distintas sombras que la divertían siempre. ¿Por qué tanto polvo en su superficie? se preguntó mil veces, pensando que si no hubiese sido así, Armstrong no hubiese podido firmar su hazaña con el pie. Si hubiera llovido en ese momento, se hubiese borrado la huella. Claro, en la luna no llueve nunca se lamentó. ¡Qué lástima! repitió en voz alta ¿Y si ese polvo fuera un nefasto augurio cósmico de lo que pasaba a

300.000 kilómetros de ella en este momento? ¿Y si esa viva partícula diminuta que se desparramaba enfermando miles de personas en el planeta fuera un aviso de la importancia de la falta de lluvia en la luna? ¡Qué idea loca! ¡Qué tendrá que ver la luna llena, Verne, el polvo lunar, el Eternauta y la lluvia selenita! De pronto se encontró caminando hacia su casa antes que alguien la reprendiera por no respetar la cuarentena. Al llegar a la puerta, miró el tapial. Ese que nunca había saltado porque atrás seguramente no había nada y ella no sabía volar, claro. Sin embargo, se fue acercando despacio, pausadamente. Hasta le pareció ser Armstrong caminando a los saltos lentos sobre el polvo con sed. No era muy alto, se dijo. Y como si las ganas de volar se juntaran con el deseo de lluvia, se encontró trepando el viejo muro que la vio crecer sin poder abrazarla. Transcurrió una eternidad hasta llegar al borde. Por lo menos, así lo sintió. Lentamente se fue acomodando hasta pararse sobre él haciendo equilibrio. Primero miró hacia atrás. Le pareció oír un lejano gemido al otro extremo de la calle, desde la plaza. Luego giró su cabeza hacia adelante, de a poco, como queriendo retrasar la sorpresa de poder observar la nada. Extendió los brazos, cerró los ojos y sintió el fresco en la cara. Luego los abrió para mirar la luna que se había corrido como acompañando su viaje. Primero con el ojo supuestamente averiado por el cohete de Verne y luego con el sano. Una gota salpicó su cara, y otra y otra. Finalmente, una nube se incrustó en la luna, y su rostro mojado se llenó de luz nuevamente. Miró hacia su casa. Una ventana abierta mostró a su madre llamándola preocupada. Y ella gritó despertando al pueblo: ¡No se preocupen Mamá... todo va a pasar! ¡Está lloviendo en la luna!

Daniel Leto

LLUEVE

para demorar la bruma,
reposar los humores en el ruido
y detenerse en la página
que enmarca los cuerpos,
surcos reiterados

llueve
para desatar las calles
y postergar
la visita del amor combativo
diferir trámites ciegos
y deponer
malos entendidos

Diana Luz Bravi

NOCHE TORMENTOSA

Bajamos del taxi, acepto conocer su nuevo departamento. Llegamos, él deja escurrir los paraguas en un balde y cuelga los pilotos en el baño.

Yo camino por el monoambiente haciendo un paneo. El escritorio y las repisas están atiborrados de libros de astronomía y artificios afines con lo sideral. Un telescopio profesional está bien estabilizado cerca del balcón.

Él canta en la bañera y hace bailar las llaves del grifo, la lluvia obedece a su comando. En el antebañito yo modifico mi look: quito el maquillaje, cambio la ropa festiva por una remera oversize, tomo prestadas sus pantuflas y en simultáneo escucho el noticiero: “Continúa el temporal con fuertes vientos y abundante caída de agua”. “Alerta naranja por tormentas”.

Él aparece repentino, sube a la cama y apaga el televisor. Sin mediar palabra nos acostamos. Cabezas y cuellos se amigan con las almohadas. Él ladea su cuerpo, cruza su brazo derecho delante de mí, lo estira y presiona dos teclas en la pared. Quedamos a oscuras y en silencio.

Al instante, puntitos luminosos emergen en la bóveda de la habitación. Estremezco con la aparición de estrellas fugaces y de planetas que se trasladan y rotan cada uno a su ritmo.

Mi pregunta interrumpe la contemplación subjetiva y él marca las diferencias al responder: En nuestra luna y en Mercurio no llueve, en el planeta rojo nieva hielo seco, las nubes venusianas precipitan ácido sulfúrico, en Saturno y Júpiter caen diamantes...

Yo aparto la vista del techo. ¡Uuuy! ¡Qué mareo! Asciendo como viajera espacial dentro de una gota traslúcida, alrededor solo niebla. La incertidumbre y la curiosidad suben conmigo, atravesando el cielo a la velocidad de la luz. Llego a una nube oscura, quedo suspendida y sofocada. En esa masa de vapor toso, estornudo y escapo con un salto de altura. Caigo como gota clavadista y me sumerjo en aguas cálidas. Salgo a la superficie y floto. La corriente del río me empuja y en la deriva percibo una dantesca selva. No logro agarrar las ramas, ni las piedras del margen. Suplico a los dioses sobrevivir, aun así, mi miedo no logra asirse a las manos extendidas de Yacumana, ni a las de Chaac y menos a las del tormentoso Tláloc.

Sobresaltada y confundida me despierto. Ahí está él, a mi lado, dur-

miendo como si nada.

Un relámpago anticipa el estruendo, me cubro con el acolchado, tapo mis oídos y acurrucada espero el trueno... ¡Aaay!... El ringtoner del celular.

Elisabeth Serrani Tellería

LA LLUVIA

Madrugada. Me desperté. Los truenos se sucedían unos a otros y preveían la llegada de la lluvia plagada de furiosos relámpagos. El espectáculo era hermoso y acogedor en el cobijo hogareño. Poco a poco, la furia de la tormenta amainó y su transformación en pequeñas gotas que golpeaban indiscretas los vidrios de las ventanas me sugerían alguna de las películas que había visto. Mi añoranza se había fundido con mi tristeza; recordaba mi temor a tamaño espectáculo cobijada en la larga pollera de mi abuela que siempre estaba ahí controlando mis miedos de niña con un cálido abrazo.

Pasó el tiempo y cada vez que una situación parecida se presentada aparecían mis recuerdos y me ponía a llorar. ¡Qué tiempos maravillosos que nunca olvidaré! Sobre todo cuando me fui dando cuenta cómo lenta, pero sin cesar, se iba instalando en mí una angustia irremediable. A veces pensaba por qué amaba tanto la lluvia, entonces, con una atracción irremediable, me instalaba en el recogimiento hogareño desde donde podía gozar con claridad del golpeteo de las gotas en la ventana. El recuerdo de la larga pollera de mi abuela se esbozaba opacada y, plena de felicidad, me imaginaba que nunca volvería a estar sola, pues: mi abuela, la lluvia y yo constituíamos una simbiosis.

A lo lejos, empecé a sentir la IX sinfonía de Beethoven y me invadió un sueño placentero.

Evangelina Simón

OTOÑO SARTREANO

Tiró su torso sobre sus antebrazos y sus antebrazos sobre la baranda del balcón, y se quedó de esa manera, petrificado ante el gris pesado de una noche hermosa de mayo; pensando, clavando mirada, pitando ese último cigarro una y otra vez. Observó una hoja de árbol. Una hoja seca y amarillenta, pequeña. Sí, allá, en la vereda de enfrente se levantaba una hoja chamuscada. El viento la azotaba de a poco contra el suelo, o al menos hacía los intentos. La hojita se resistía a subir aferrándose con sus patitas y sus manitos invisibles a las baldosas. Quizás la humedad de los días la habían cargado de peso específico, específicamente para complicar el trabajo de tan invisible personaje. Finalmente cede. El viento la envuelve, la estrangula, la apretuja y la lleva hacia arriba; pero unos centímetros solamente. Ella vuelve a caer otra vez y se relaja, se deja acompañar en su baile, se suelta del suelo. ¡Ahí viene otro empujón! La hojita flota en dirección a la esquina, allí hay un bar; viajando a media altura, saluda a los árboles, envuelve enrulada y en tirabuzón a los postes del alumbrado público. La ausencia ya de las sillas y las mesas del bar facilitan el curso de su destino. No se detiene. Golpea contra las paredes. Parece querer adherirse a los ventanales, pero no.

Carlos la mira. Observa fijamente la hojita y sus movimientos, como traza un corto itinerario de viaje y llega a la esquina. Aún la ve. Ella permanece en su campo visual. Se mueve y se mueve. Sube y baja. Intenta aterrizajes forzosos, pero es en vano, sigue viajando. Dibuja círculos en el aire. Se mezcla con la oscuridad y reaparece.

Periplo incompleto, vaivén urbano del viento, noche clara, hojas secas; testigo accidental en su balcón Carlos acomoda sus ojos, hace encuadre y la ve doblar por la calle que cruza hacia el norte. No está más. La hojita se ha ido. Sin embargo, la espera. Quizás vuelva a asomarse nuevamente en la ochava, quizás deje un último saludo. Pero no, la hojita sigue su viaje, sigue volando sin mirar atrás.

Carlos sacude los párpados, levanta las cejas para interpretar su mejor cara de desconcierto. Se aclara la garganta. Piensa en la hoja seca pero también piensa en ella. Piensa en el café que olvidó sobre la mesa en la cocina (ya debiera estar helado seguramente). Piensa en Sartre: quizás esa danza otoñal no hubiese existido nunca sin la complicidad de sus sentidos. Quizás nunca existió tal cosa en realidad; ni las hojas, ni el viento, ni aquella esquina, ni el bar, ni los ventanales. Ni ese movimiento de esconderse y desaparecer, de trepar y caer, de subir para luego bajar.

Las cosas solo se cargan de entidad al ser percibidas por nosotros en tanto observadores, en tanto seres-conciencia. Un otoño presente pero inerte. Una hojita que dobla la esquina. Una hojita que no está más, pero que sabemos perfectamente que no ha desaparecido.

Da la última pitada al cigarrillo y eliminando la ceniza sobrante entra en la cocina. Bebe un poco de café pero es horrible. Un café frío que intenta beber pero luego devuelve a su lugar inmediatamente. Su cabeza se llena de sueño pero aún piensa en ella. ¿Será igual con ella? A pesar de haber desaparecido, ¿seguirá allí? ¿es posible que pueda volver a verla?

Se deja vencer por la oscuridad de sus ojos y decide no darle más vueltas al asunto. Se dirige a su habitación. La pantalla comienza dar parpadeos largos y sostenidos, ya no logra sostener la mirada.

Federico García Greco
Cómplice

LLUVIA

Lenta, silenciosa, suave, la lluvia se deja caer sobre el asfalto de la ciudad dormida. Avanza por las calles sin apuros. En el parque se deleita con el placer de los pastos y resbala voluptuosa sobre hojas y ramas de los árboles dormidos, abraza sus raíces, las alimenta y penetra la tierra que la espera con ansias. La misma tierra que cubre el sueño de los muertos. Esos cuerpos que un día fueron gloriosos y soñaron, sufrieron, desearon, amaron y hoy reciben el beso tierno, bondadoso de la lluvia como una bendición inesperada.

Finalmente, en su incansable peregrinar, llega hasta el río de colores al que se arroja provocando un estallido de burbujas brillantes que resplandecen en la oscuridad.

Y allí, en un costado del muelle, escuchando el silencio de la noche con la única compañía de la soledad, la mujer recibe con placer su húmeda caricia.

Cerrando los ojos levanta la cara al cielo y en su boca se confunden el puro, fresco sabor de la lluvia y ese otro sabor salado que no deja de brotar.

Jorgelina Paladini

CÓMPLICE

Frágil mañana...
Tenue lluvia que busca ser cómplice...
Alguien espera.
Una puerta que nadie abre no representa nada.
Pero ahí llegó...
El hombre, muy fino, con su paraguas,
lo hace mecer con suave vaivén de hábiles manos.
No hay tiempo,
ni de un lado ni del otro...
Sólo una oportunidad:
alguien demostrará bien lograda destreza,
alguien entregará, confiadamente,
su fragilidad al hombre del paraguas...

(Microrrelato, Marcela Claudia Gianguzzo)

EL VUELO DE LA PILETITA

35 °C adentro ¡seguro! El techo de nuestro departamento era la terraza del edificio. Era un piso 15 con amplia vista al río Paraná, pero con el sol encima durante todo el santo día, y sin aire acondicionado. Así estuvimos papá, mamá, mi hermana mayor y yo durante los primeros cinco años de mi vida. Pero por suerte, un verano, los Reyes Magos nos trajeron de regalo una hermosa piletita inflable. Tenía tres anillos con dibujos infantiles muy coloridos y un piso azul turquesa, almohadillado. Era para ser instalada en la ardiente terraza, previo esfuerzo de inflado a pulmón, entre todos.

Cada tarde, apenas terminaba la siesta de mis padres, que a nosotras nos parecía aburridísima y eterna, preparábamos una canasta con bananas, duraznos, agua fresca y galletitas. Subíamos con mamá un solo piso en ascensor, y la fiesta acuática comenzaba. Chapuzones, juguetes de playa y hasta antiparras. Para nuestros cumpleaños, que son en enero y febrero, los abuelos nos habían regalado ponchitos de toalla con capucha y ojotitas floreadas. Pasábamos allí arriba, tres o cuatro horas cada tarde, calculo.

Un día como tantos, subimos del piso 15° al 16°, en esta ocasión por la escalera, para llegar más rápido. Al acercarnos a la baranda, a través de la cual, veíamos el río y las islas, comprobamos que la piletita no estaba. Mi hermana empezó a llorar enseguida y yo, un poco asustada, pregunté: — ¿Quién se la llevó? Mi mamá pensó un instante, pareció hacer memoria y luego respondió sonriendo, disimulando su aflicción: — la lluvia de anoche, la tormenta de anoche, el viento de anoche se la llevó. ¡Se fue volando a otro lugar!

Un poco para aliviar el impacto por la desaparición de la piletita y otro poco para distraernos, mamá inventó un juego inmediatamente. Abrió la manguera con la que llenábamos habitualmente la piletita y comenzó a mojarnos. Entre ducha y ducha debíamos imaginar diferentes destinos que la piletita podría haber alcanzado: que quedó como sombrero de un árbol de la plaza, dijo mi hermana; que se fue al cielo de Dios, aporté yo; que cayó al río y anda derivando por ahí; que voló hasta la nieve y quedó congelada sobre un lago; que llegó a un país triste donde nunca había sol; que cansada y pinchada se enfermó; que quiso regresar a casa, pero no supo hacerlo.

Nuestra imaginación, disparada por la decepción, creo, proveyó una

lista interminable de posibles nuevos hogares para nuestra primera piletita.

La próxima piscina en mi vida, fue la del campo de deportes del colegio, y ésta incluía exigentes profesores de natación, largos entrenamientos y duras competencias. Por eso siento que esa misteriosa pérdida, que luego dimos en llamar, el vuelo de la piletita, puso un triste punto final a ese verano y, de algún modo, también, significó el final de mi niñez.

María Antonieta Pardal

LA PIECITA

Juntos el golpe del vaso de caña sobre el mostrador y la pregunta: “– Y don... me consiguió alguna mujer...?” “¿Es para los patrones?”

A la distancia retumbo un trueno... –“No, para nosotros”.

“¿La quieren para todo servicio?”

El rostro iluminado por el relámpago, le contesta: “y..., si se da...”.

Y la Blanca, que era bien morena, con las primeras gotas trepó al carro.

Pedro y Pablo no la miraron. La olieron... alguna flor o yuyo del campo y algo de mujer.

En mitad del monte parecía una casa, entre los ladridos de los perros Blanca escuchó: “– allá, acomodate en la piecita del fondo” mientras se sacudía la lluvia de la cara. – “Tenés que lavar, cocinar, limpiar. Ya sabés la paga”.

Blanca no contestó. ¿Qué podía hacer en esa cueva con dos animales y los perros? Necesitaba trabajar.

Con los días aprendió: el melenudo era Pedro. El rubio, Pablo. Iguales para el maltrato. A veces les tenía rabia, otras lástima.

Una noche el melenudo entró en la piecita del fondo... Y en Blanca. Otra noche fue el rubio. La vez que los dos se encontraron en la puerta de la piecita Blanca sonrió: los dos no cabían en la misma puerta.

Blanca fregaba, cocinaba, lavaba lo que la lluvia embarraba.

Algo cambió: el rubio le ayudó a levantar un tacho, el melenudo un día a trepar al carro.

Las noches de cada uno. Escuchó voces fuertes junto a la puerta de su piecita. Abrió. Los vio: cuchillo en mano se enfrentaban. Blanca sabía por qué.

Las lágrimas le taparon la sonrisa que no quiso ser risa.

María Alcira Velázquez

DESTELLOS

La tormenta
ilumina
las hojas secas del rosal
que el otoño despertó
La palabra única:
Melancolía

En los vidrios,
la música
y el recuerdo de tu mano
dibujando nuestras iniciales
Alfa y Omega
que se atraen
solo en el instante
del destello

Patricia Corbera

Estás en la

RED AMR
ASOCIACIÓN MÉDICA DE ROSARIO